

ENCUENTROS IMPREVISTOS

ARMANDO TIRAPO GRACIA

Image not found.

Capítulo 1

ENCUENTROS IMPREVISTOS

Comedia en seis momentos

ARMANDO TIRAPO GRACIA

MOMENTO 1º.

Viernes por la tarde en una ciudad cualquiera. 20:35, más o menos.

Dos desconocidos, un hombre y una mujer todavía bastante jóvenes, aguardan nerviosos a sus respectivas citas.

PABLO: *(Volviéndose hacia la atractiva desconocida que espera a su lado impaciente.)* Me parece que nos han dado plantón a los dos.

QUETY: Pues sí... ¡Todos los hombres sois unos cabrones!

PABLO: ¡Vaya! Esa sí que es una opinión muy negativa de todos nosotros. Pero, en fin, no voy a discutir contigo. Es posible que tengas razón...

QUETY: *(Con gesto de gran enfado.)* Claro que la tengo... Quedáis con una chica siempre con la intención de llevárosla a la cama.

PABLO: Es verdad. Cuando quedo con alguna chica, no sé por qué, me gusta imaginar que todo es posible. Que incluso, con un poco de suerte, hasta podría querer acostarse conmigo.

QUETY: ¡Sois un asco!... ¡No podéis pensar en otra cosa!

PABLO: En lo que a mí respecta, te aseguro que no he tenido mucha suerte en mis últimas citas.

QUETY: Lo cual es una demostración de que esas chicas con quien te citas no son tan tontas como yo... ¡Siempre que salgo con alguien acabamos follando como bestias!

PABLO: *(Hace una expresiva mueca de asombro.)* Los hay con una suerte bárbara...

QUETY: Luego, los muy hijos de puta, no vuelven a acordarse de ti.

PABLO: La gente es muy olvidadiza.

QUETY: Lo malo es que me gusta muchísimo el imbécil que me ha dado plantón esta tarde. En realidad, estoy loca por él.

PABLO: A mí me pasa lo mismo.

QUETY: ¿Tú también estás loco por la persona que te ha dado plantón?

PABLO: Mucho.

QUETY: Somos un par de imbéciles.

PABLO: *(Asintiendo.)* Si yo te contara... ¡Figúrate que a mí me ha dado plantón la misma chica cuatro veces seguidas!

QUETY: *(Con cara de incredulidad.)* ¿Qué me dices?

PABLO: En realidad, esta tarde he acudido a mi nueva cita sin ninguna esperanza de verla aparecer.

QUETY: Lo siento, oye; es muy fuerte lo tuyo.

PABLO: *(Suspirando profundamente.)* Ya lo creo... Nos conocemos desde hace bastante tiempo. Siempre me llama cuando se ve sola y deprimida. Y es ella la que propone quedar para tomarnos un café y charlar un rato. Pero luego, sin ninguna explicación, inunca aparece!

QUETY: ¿Y tú no la llamas después para echarle una buena bronca?

PABLO: Lo intento, pero entonces no contesta mis llamadas...

QUETY: *(Verdaderamente indignada.)* ¡La muy bellaca!... ¡El truquito de inutilizar el teléfono cuando no queremos hablar con alguien!... Perdona que te lo diga, pero deberías olvidar a esa pelandusca.

PABLO: *(Encogiéndose de hombros.)* Si ya la olvido... A veces no me acuerdo de ella en unos cuantos meses. Hasta que me vuelve a llamar...

QUETY: ¡Y te cuenta que su vida es una mierda y que necesita verte con urgencia...!

PABLO: Más o menos.

QUETY: Amigo mío, además de cabrones, ilos hombres sois idiotas...!

PABLO: En efecto, somos idiotas perdidos; lo reconozco... Cuando nos interesa muchísimo una mujer, nuestra ingenuidad puede ser casi

patológica.

QUETY: ¿Cómo os dejáis engañar de esa manera?... Bueno, ¡a nosotras nos pasa lo mismo!... Si es el corazón el que manda sobre ti, ya la hemos fastidiado... ¡Hoy era nuestra segunda cita! Seguramente, el pobre, se ha asustado en el último momento...

PABLO: Lo más probable... ¡Si en vuestra primera cita hubo demasiado jolgorio...!

QUETY: Fue algo apoteósico... (*Muestra una sonrisa radiante.*) ¡La noche más loca de toda mi vida! Hasta me meé en los pantalones...

PABLO: ¡Caramba!

QUETY: Los dos estábamos completamente borrachos... Me parece que lo hicimos tres veces seguidas dentro de su coche en aquel aparcamiento subterráneo... ¡Una locura!

PABLO: A lo mejor por eso hoy no se ha presentado tu amigo... ¡Todavía debe de estar reponiéndose!

QUETY: (*Muy seria de repente.*) ¿Te burlas de mí?

PABLO: Claro que no.

QUETY: Ese estúpido hoy no ha venido sencillamente porque nadie quiere tener una segunda cita conmigo.

PABLO: Creo que exageras... Muchos hombres se darían con un canto en los dientes por tener dos citas contigo... y hasta tres y más, si me apuras.

QUETY: Lo dices para consolarme. ¡No soy tonta! Pero te lo agradezco... Tal vez mi único problema es que me entusiasmo demasiado pronto.

PABLO: Puede ser.

QUETY: ¿Tú no te entusiasmas en seguida?... ¿Tan frío e insensible te muestras cuando quedas con alguna mujer?

PABLO: ¡Oh, no es eso!... ¡Ojalá tuviera yo también ocasión de entusiasarme como tú! Lo que ocurre es que todas mis últimas citas han sido un puro desastre...

QUETY: Lo siento.

PABLO: (*Gesticulando con rabia.*) ¡Maldita sea!... ¡Hasta me gustaría orinarme un día en los pantalones! ¡Y follar como un mono con la primera

chica dispuesta, dentro de un coche o en plena calle!

QUETY: Lo de follar como un mono me parece muy bien. Pero no te recomiendo mearte en los pantalones. ¡Es una sensación muy molesta!

PABLO: ¡Tranquila!... Nunca ocurrirá eso, al menos con mi vieja amiga que siempre me da plantón.

QUETY: ¡La muy cabrona!... ¿Cómo puede hacerte eso?

PABLO: ¡Lo mismo me pregunto yo, pensando en el timorato de tu amigo!... No sabe apreciar a una chica como tú en toda su valía.

QUETY: Si te soy sincera, yo misma no sé ya si valgo mucho o poco.

PABLO: ¡Bah, no seas tonta!... Cualquiera día te topará con alguien irresistible, y después de una segunda cita se arrodillará a tus pies rogando que te quedes con él para siempre.

QUETY: (*Entusiasmada con esa posibilidad.*) ¡Sería maravilloso!... Pero no quiero hacerme demasiadas ilusiones.

PABLO: Sucederá tarde o temprano. ¡Ya lo verás!

QUETY: ¡Qué majo eres!... ¡Y la tonta de tu amiga prefiere no aparecer!

PABLO: Pues ella se lo pierde... (*Hace una pausa.*) ¿Sabes una cosa? Estoy pensando que podríamos irnos tú y yo a merendar por ahí, y a echar unos buenos tragos para olvidar a esos dos idiotas que nos han dado plantón esta tarde.

QUETY: Es una idea genial... ¡Qué se jodan los dos!

PABLO: ¡Qué se jodan!...

QUETY: A lo mejor con el vino me entusiasmo un poquito... ¡Pero tú no te preocupes!

PABLO: Te lo prometo.

QUETY: Ahora que me doy cuenta, todavía no nos hemos presentado... Mi nombre es Quety.

PABLO: El mío Pablo.

QUETY: Encantada.

PABLO: Lo mismo te digo.

QUETY: En realidad, Quety es como un diminutivo. Mi madre me puso Enriqueta por mi abuela. Pero desde cría todos me han llamado Quety.

PABLO: Quety suena mucho más internacional.

QUETY: ¿Verdad que sí?... Enriqueta queda bien en una abuela; sin embargo, para una chica joven, me gusta más Quety.

PABLO: Desde luego, es un nombre bonito... *(Luego con una pizca de ironía en la voz.)* ¡Casi me parece propio de una estrella de Hollywood!

QUETY: Bueno... itampoco hay que exagerar!

PABLO: A mí, lo de Pablo me viene por tradición de familia. Mis padres, en ese aspecto, no discurrieron gran cosa. Además de mi papá y mi abuelo, la cadena de antepasados con ese nombre se remonta poco menos que a los tiempos del mismo padre Adán.

QUETY: ¡Qué curioso!

PABLO: Y para más recochineo, pásmate, mi hermana pequeña se llama Paula...

QUETY: *(Mirándole atónita.)* ¿Es posible?

PABLO: Pues sí... ¡Ya ves que poca imaginación a la hora de elegir nombres!

QUETY: Muy curioso.

PABLO: ...En fin, no divaguemos más. Hechas las obligadas presentaciones, cójase señorita de mi brazo, y vayamos a merendar y a corrernos una pequeña juerga.

QUETY: *(Con un mohín muy coqueto.)* ¡Huy, qué tentador suena eso...!

MOMENTO 2º.

Viernes al atardecer. 22:18, más o menos.

Un restaurante cualquiera. Pablo y Quety sentados a una mesa frente a frente.

QUETY: ¿Lo dices en serio?... ¿De verdad quieres invitarme tú?

PABLO: Por supuesto.

QUETY: (*Muy contenta y sorprendida.*) ¡Jolín!... ¡Tú sí que eres todo un caballero!... En la mayoría de mis cenas románticas, mis acompañantes siempre insisten en pagarse cada uno lo pedido.

PABLO: Como yo últimamente no suelo tener demasiadas cenas románticas, me apetece mucho invitarte.

QUETY: Eres un encanto.

PABLO: ¡Bah, tengo tan pocas ocasiones de poder invitar a cenar a una chica...!

QUETY: Pues a mí, te lo digo en serio, puedes invitarme a cenar siempre que te apetezca... ¡Como si fuésemos novios!

PABLO: Eres muy generosa.

QUETY: Los amigos están para cuando se les necesita.

PABLO: Es cierto.

QUETY: (*Relamiéndose.*) Este helado de mango con frutas del bosque está riquísimo...

PABLO: Lo mismo que mi flan de leche condensada.

QUETY: ¡Uf..., me he puesto de cenar como una foca! Siempre he tenido un apetito excelente. Y ya ves que no tengo ningún problema para mantenerme en mi peso ideal.

PABLO: (*Asintiendo con la mayor convicción.*) Desde luego. Yo te veo estupenda.

QUETY: Gracias, cariño.

PABLO: ¿Así que trabajas en una tienda del barrio más lujoso y elegante de la ciudad?

QUETY: Sí; ya te lo he dicho... (*Quety se muestra entre orgullosa y desencantada de su empleo.*) Es una de las mejores tiendas de accesorios para la mujer. Pañuelos, bolsos, cinturones, gafas de sol, sombreros..., todo de mucho lujo. ¡Y todo carísimo!... El sitio perfecto para encontrar un buen regalo. A menudo siento gran envidia de nuestros clientes. Ahí los ves gastándose verdaderos pastones en unos artículos maravillosos,

totalmente inalcanzables para una servidora con su mísero sueldo.

PABLO: (*Escapándosele un largo suspiro.*) ¡Tampoco mi economía es como para tirar cohetes!... El mundo de los seguros es bastante difícil e ingrato. Te pasas todo el día de casa en casa, intentando en vano persuadir a la gente de que más vale prevenir a tiempo, pues luego ocurren las desgracias y ya no se puede hacer nada... ¡Para mí, que la mayoría de las personas pecan de un optimismo desmesurado!

QUETY: ¡Ojalá pudiéramos saber lo que nos deparará el futuro...!

PABLO: No sé qué decirte... Yo casi prefiero la incertidumbre. Quizá por deformación profesional.

QUETY: Claro... Si yo supiese que en mi casa nunca iban a reventar las tuberías, ni a suceder cualquier otro incidente grave, por supuesto que no me gustaría ni un céntimo asegurando mi vivienda.

PABLO: Lógico. Ni tú, ni nadie.

QUETY: (*Con aire reflexivo.*) Aunque, pensándolo detenidamente, si conociésemos el futuro de antemano, nunca podríamos disfrutar de las sorpresas agradables. Como nuestro encuentro imprevisto de hoy.

PABLO: Tienes razón. La vida, en cierto modo, es pura incertidumbre.

QUETY: Sí; nunca sabemos lo que va a depararnos el mañana.

PABLO: En eso están basados todos los negocios de seguros... ¡Lo mismo que a veces te llevas sorpresas agradables, también te pueden sobrevenir las mayores calamidades! ¡Y hay que ser previsores...!

QUETY: Yo soy muy poco previsora.

PABLO: (*Negando con la cabeza y con un ademán de reproche.*) Mal hecho.

QUETY: ¡Tendría que haber un seguro que abarcase todos los riesgos posibles de la vida!... Aunque supongo que entonces la prima a pagar sería muy desorbitante.

PABLO: Una utopía.

QUETY: ¿Te imaginas que tuvieras que vender seguros contra plantones inesperados, fracasos sentimentales, vacaciones chafadas por la lluvia, cumpleaños en los que nadie se ha acordado de felicitarte, polvos en los que tu amante te deja a medias porque va todavía más borracho que tú...?

PABLO: *(Suelta una carcajada.)* ¡Ay, amiga mía, estás loca!... ¡Qué perspectiva tan horrible!... ¡En ese supuesto, me cambiaba de trabajo sin pensarlo!

QUETY: Yo, en el fondo, estoy contenta con el mío... ¡Lo malo es el sueldo tan mezquino! Mi jefe siempre está prometiendo que nos lo va a aumentar. Pero esa subida nunca llega.

PABLO: Los jefes son muy dados a prometer cosas que luego no cumplen.

QUETY: *(Rotunda.)* Claro, como son jefes, se aprovechan...

PABLO: *(Manoteando expresivamente.)* Vale. Tema de conversación finalizado. ¡Nada de hablar de jefes y trabajos!

QUETY: Totalmente de acuerdo.

PABLO: *(Resopla de manera harto teatral.)* ¡Uf..., creo que yo también me he pasado un poco con la cena!

QUETY: Sí; nos hemos pasado cenando y con la botella de vino...

PABLO: ¡Bah!... ¡Total una botellita para los dos!

QUETY: A mí el vino se me sube muy pronto a la cabeza.

PABLO: Pues no hay nada mejor en las comidas... ¡Siempre con moderación, claro está!

QUETY: En cierta ocasión, a la segunda copa de vino, me entró una especie de euforia irrefrenable y unas ganas locas de cantar... Naturalmente el maître me llamó la atención en seguida.

PABLO: Los maîtres suelen tener muy poco aguante para todo.

QUETY: Yo creo que les aprieta el chaleco.

PABLO: *(Ríe la ocurrencia. Luego, tras una pausa.)* Ahora que lo dices, tal vez llesves razón.

QUETY: *(Muy exaltada.)* ¡Qué les den... a todos los maîtres del mundo!... ¡El vino me ha puesto alegre, muy alegre!... *(Y con una expresión llena de picardía y atrevimiento.)* ¿Ahora, sabes qué me apetece...?

PABLO: No tengo ni idea.

QUETY: Quiero hacerlo contigo esta noche... ¡Me refiero a echarnos un buen polvo tú y yo! ¿Qué me dices?

PABLO: (*Muy gratamente sorprendido.*) ¡Vaya! Es la mejor proposición que me han hecho en no sé cuánto tiempo.

QUETY: No hay nada como el acto sexual para hacer bien la digestión después de una gran comilona... ¡Lo leí una vez en... no recuerdo qué revista científica!

PABLO: Desde luego, mucho mejor que el bicarbonato... ¡No hay comparación!

QUETY: A lo mejor te parezco algo descarada... Pero yo soy así; me gusta ser siempre franca y hablar sin remilgos.

PABLO: Yo también prefiero la franqueza... ¡Si uno tiene ganas de follar, pues se dice bien a las claras... y al diablo con los ñoños prejuicios!

QUETY: Se nota que tú eres hombre de mundo.

PABLO: ¡Si yo te contara...!

QUETY: Entones... ¿te apetece hacerlo conmigo esta noche?

PABLO: Me muero de ganas.

QUETY: ¿Lo dices en serio?... ¡No me gustaría que te sintieses obligado!

PABLO: Nunca he sido más sincero.

QUETY: (*Muy contenta.*) ¡Qué bien!... ¡Me haces muy feliz! Sin embargo, quiero que lo nuestro sea muy distinto a otras noches...

PABLO: ¿Muy distinto?... ¿A qué te refieres?

QUETY: A que tiene que ser algo muy bonito y romántico... ¡No se trata de follar como animales en cualquier rincón oscuro!

PABLO: ¿Y en qué has pensado?

QUETY: Tengo ganas de hacerlo en el parque, tumbados los dos en el césped, y con todas las estrellas observándonos desde allá arriba...

PABLO: *(Exultante y lanzado.)* Un plan maravilloso.

QUETY: Sí... ¡Será una noche de verano perfecta! Conozco un sitio ideal, tranquilo y muy discreto, detrás de una de las rosaledas...

PABLO: ¡Oh, Dios mío, esto me parece increíble!... ¡Hasta vamos a disfrutar de un ambiente perfumado!

QUETY: La verdad es que en ese lugar hay siempre un olor estupendo... ¡Casi como a colonia de rosas!

PABLO: ¡Una de mis favoritas!

QUETY: *(Lanzando a su amigo miradas de fuego.)* ¿Al parque entonces...?

PABLO: Raudos como flechas.

QUETY: Perdámonos en la noche.

PABLO: Y si alguien intenta encontrarnos... ¡me cago en sus muertos!

MOMENTO 3º.

Algunos minutos después de la medianoche.

Pablo y Quety, en un discreto rincón del parque, sentados sobre la hierba, contemplan las estrellas uno al lado del otro.

PABLO: *(Con el semblante extasiado.)* ¡Ha sido magnífico, increíble, apoteósico, excepcional...!

QUETY: ¡Oh, sí!... Ha estado muy bien.

PABLO: ¡Todo un señor polvazo...!

QUETY: Ya lo creo.

PABLO: Todavía me cuesta creérmelo.

QUETY: ¿Ves cómo yo tenía razón?

PABLO: Es verdad; debo reconocerlo.

QUETY: No siempre se puede a la primera... ¡Y menos si uno ha bebido un poquito!

PABLO: Pues sí... ¡Maldito vino! Además, y espero que no te rías de mí, todo esto me ha pillado también algo desentrenado... ¡Digamos que

últimamente mi actividad sexual languidecía de manera lamentable!

QUETY: (*Mostrándose de lo más comprensiva.*) Lo entiendo muy bien... ¿Cómo podías practicar con la estúpida esa que nunca se presentaba en vuestras citas?

PABLO: Ni con otras que sí se presentaban, pero que no daban pie a que, así de sopetón, les propusieses nada más sugestivo que echar unas cervezas y comernos una ración de calamares a la romana.

QUETY: ¡Hay chicas un pelín estrechas...!

PABLO: No lo sabes tú bien.

QUETY: ¡Pues suerte que te has topado conmigo esta tarde...!

PABLO: Es como si me hubiese tocado la lotería. Te lo juro.

QUETY: (*Ríe alegremente.*) Estoy muy contenta entonces de haber sido tu premio gordo.

PABLO: (*Se acerca todavía más a Quety y le besa en la mejilla.*) Eres una mujer maravillosa.

QUETY: Al menos, sí me considero una buena amiga.

PABLO: La mejor amiga... ¡Y no sabes cómo te agradezco los ánimos que me has dado después de mi fallo estrepitoso en la primera intentona!

QUETY: Suele pasar muchas veces... ¡Las personas no somos máquinas que siempre responden bien! Todos tenemos días mejores y días peores.

PABLO: Y luego está el nerviosismo del momento...

QUETY: (*Hace un gesto de asentimiento.*) Ahora lo has dicho; los nervios cuentan mucho...

PABLO: Afortunadamente la prueba la hemos superado con nota.

QUETY: ¿Llevaba yo razón o no, al decir que, si no se podía a la primera, pues aguardábamos un ratito charlando tranquilamente, y probábamos a la segunda... o incluso a la tercera, puestos ya en un caso muy extremo?

PABLO: (*Con aire aliviado.*) ¡Uf, menos mal que a la segunda intentona lo hemos bordado...!

QUETY: (*Suelta una sonora carcajada.*) A mí se me ha escapado un grito

que por fuerza debe de haber asustado a todos los pájaros del parque...

PABLO: ¡Y si no llego a apartar a tiempo la cabeza, creo que te me comes media oreja!

QUETY: (*Suspira divertida.*) ¡Ay, cariño, tengo unos orgasmos de alto riesgo!... ¡A menudo llego a convertirme en una fiera muy peligrosa!

PABLO: ¡Bah, tonterías!... ¡Tú sólo puedes ser una fiera encantadora!

QUETY: (*Después de un prolongado silencio.*) ¡Qué hermoso está el cielo con tantas estrellas!... Es un espectáculo que no se puede pagar con nada, ¿no te parece?

PABLO: Con nada. Sólo cabe respirar hondo, y sentir el vértigo de tanta belleza e inmensidad.

QUETY: A mí me sobrecoge un poquillo mirar a lo alto... y darme cuenta de lo insignificante que somos.

PABLO: ¡Calcula tú la importancia que puede tener un modesto vendedor de seguros dentro de la enormidad de la Vía Láctea...!

QUETY: Casi dan ganas de llorar... (*Se frota los ojos con las manos.*) En ocasiones me ha ocurrido, sobre todo en las noches de verano: ponerme a mirar el cielo y no poder contener las lágrimas... ¡Y sentir que necesito un abrazo justo en ese momento!... ¿Nunca te ha ocurrido a ti eso de notar que necesitas un abrazo, sin saber por qué?

PABLO: Bastantes veces... Pero con la mala pata de que casi siempre me pilla solo. Con lo cual no tengo opción y me quedo sin abrazo.

QUETY: ¡Pobrecillo!

PABLO: (*Adoptando un aire melancólico.*) Pensándolo bien, puede decirse que en mi vida hay un lamentable déficit de abrazos...

QUETY: (*Rodea a Pablo con sus brazos muy tiernamente.*) ¡Tendrás que pegarme un puñetazo para conseguir que te suelte!

PABLO: La paliza te la daré si me sueltas... (*Entonces se besan los dos de la manera más apasionada.*)

QUETY: (*Recobrando el aliento.*) ¿Conoces la teoría de que si una pareja mira a la vez hacia el firmamento y ambos contemplan una misma estrella, sus almas quedan unidas para siempre?

PABLO: ¡Nunca lo había oído!... Aunque supongo que con tantísimas constelaciones brillando en encima de nuestras cabezas, debe de ser extremadamente difícil una coincidencia de esa clase.

QUETY: Con un poco de suerte, a lo mejor tú y yo acertábamos a mirar a la vez hacia la estrella Polar.

PABLO: *(Con un significativo mohín de incredulidad.)* No sé qué decirte... ¡Siempre me hago un lío con la Osa Mayor y la Osa Menor!

QUETY: ¡Hay tantos misterios en el Universo!

PABLO: Muchísimos... ¡Y la gente es tan dada a las supersticiones y las fábulas más increíbles...!

QUETY: Tienes razón... En realidad, supongo que las estrellas se preocupan muy poco de lo que suceda aquí abajo.

PABLO: ¡Están tan lejos...!

QUETY: Pues esa idea de dos almas unidas para siempre me resulta muy bonita... ¡Lo malo es que casi nunca se cumple! *(De pronto, su bonito rostro se entristece y sus ojos luminosos se apagan por un instante.)*

PABLO: En contadas ocasiones.

QUETY: Una pena... Pero, en fin, ¡olvidémonos de la puta astronomía!

PABLO: *(Elevando mucho su voz.)* ¡A la mierda con la Osa Mayor!

QUETY: *(Jovial y entusiasmada nuevamente.)* Esta noche es tan perfecta, lo hemos pasado tan bien, y me siento tan feliz aquí contigo... No sé. ¡Tengo ganas de reír, de gritar, de llorar, de hacer cualquier locura..., sin pensar en las posteriores consecuencias!

PABLO: Yo te seguiré en cualquier locura que se te ocurra... ¡Creo que jamás me había divertido tanto como esta noche! Muchas gracias, amiga Quety. *(Pablo y Quety se dan otro prolongado beso.)*

MOMENTO 4º.

Madrugada del sábado. Hacia las dos, más o menos.

Despacho del subinspector de la Policía Local. El uniformado funcionario, sentado en su silla tras el escritorio, ojea el informe oficial que da parte del escandaloso incidente protagonizado por Pablo y Quety. Los dos detenidos permanecen sentados uno al lado del otro, en silencio y con

toda ropa mojada y desaliñada.

SUBINSPECTOR: *(Sin levantar la vista del informe policial.)* ¡Escándalo público, destrozos en instalaciones municipales, desacato a la autoridad, intento de fuga...!

PABLO: *(Reflejando en su cara un enorme estupor.)* ¿Intento de fuga...? Con el debido respeto, señor, le puedo asegurar que ninguno de los dos ha intentado huir de la policía...

QUETY: Yo solamente trataba de recuperar mi blusa. Antes de meternos en la fuente, la había dejado encima de un seto... ¡Y uno de los policías, el muy bruto, al verme correr, se ha abalanzado sobre mí hecho una fiera!

SUBINSPECTOR: *(Mirando a Quety con fría severidad.)* Mi agente no ha hecho otra cosa más que cumplir con su deber... ¿No le da a usted vergüenza a sus años? ¡Bañarse en fuente pública, desnuda de cintura para arriba!...

QUETY: No estaba desnuda, llevaba puesto el sujetador.

PABLO: Así es; yo puedo dar testimonio de ello.

SUBINSPECTOR: *(En tono tajante.)* ¡Cállese usted, por favor!... Lo suyo, amigo mío, es un claro ejemplo de comportamiento incívico y desacato a la autoridad... ¡Puro gamberrismo!

PABLO: Admito la insensatez de nuestra mala ocurrencia de bañarnos en una fuente del parque; pero no entiendo eso del desacato...

SUBINSPECTOR: El agente Morales, en su informe sobre el incidente, lo expone con todo detalle... ¡Usted encaramado en los hombros de Neptuno, y negándose en un primer momento a bajarse de allí!

PABLO: Yo quería bajar en seguida. Pero en ese momento, no logro entender por qué, a lo mejor a causa de los nervios, me entró una especie de pánico.

SUBINSPECTOR: *(Riendo con sarcasmo.)* ¡Bonita explicación!...Y para subirse allí, ¿usted no tuvo pánico?

QUETY: Yo me quedé maravillada viéndole encaramarse arriba de la estatua con semejante soltura.

PABLO: ¡Yo mismo continúo asombrado de cómo he podido llegar hasta lo más alto de esa fuente!

SUBINSPECTOR: La explicación es muy sencilla, caballero... ¡Estas locas proezas las origina invariablemente el abuso del alcohol!

PABLO: *(Negando con la cabeza y manoteando exageradamente.)* Yo le juro, señor, que no estábamos borrachos...

QUETY: Bueno, tal vez un pelín alegres... ¡Total una botella de vino para los dos en la cena!

SUBINSPECTOR: Entiendo... Pero esa insensata alegría de ustedes les va a salir bastante cara.

QUETY: *(Muy seria ahora, y adoptando un aire de chica buena y formal.)* ¡Sea un poco comprensivo, señor!... Póngase usted en nuestro lugar: una pareja tonteando en el parque, en una noche de verano perfecta y muy calurosa; han bebido un poquito de vino en la cena y se sienten algo alegres, incluso eufóricos; y de pronto, la casualidad les lleva hasta la fuente del dios Neptuno... ¿Quién puede resistirse a la tentadora idea de un pequeño chapuzón?

SUBINSPECTOR: ¡Pues toda la gente de orden, señorita!... Las personas normales se refrescan en sus propias casas. ¡Para eso están las bañeras y las duchas!

QUETY: De acuerdo; tiene usted razón... Lo que me gustaría aclarar es que la ocurrencia de meternos en la fuente ha sido exclusivamente mía. Mi amigo Pablo intentó disuadirme y no le hice ningún caso. ¡Yo soy la verdadera culpable de tal gamberrada!

SUBINSPECTOR: *(Con rictus irónico.)* Sí; la ocurrencia fue suya, señorita... Pero el amigo Pablo, por lo visto, la secundó sin el menor titubeo.

QUETY: ¡Él es tan gentil!... ¡Todo un caballero!

PABLO: *(Dirigiéndose al policía con admirable arrojo.)* A esta señorita, sépalo usted, yo la seguiría hasta el mismísimo infierno.

QUETY: *(Encantada con lo que acaba de oír.)* ¡Oh, Pablo! ¡Eso es lo más lindo que me han dicho en toda mi vida!

PABLO: La pura verdad

QUETY: ¡Eres un cielo...!

SUBINSPECTOR: *(Manteniendo el mismo tono cortante e inflexible.)* ¡Déjense ya de tonterías!.. Este asunto es más serio de lo suponen. ¡Les

puede caer una multa de hasta 600 euros!

QUETY: (*Horrorizada.*) ¡Santo Dios!... ¿600 euros?

PABLO: (*Consternado.*) ¡Menuda broma!

SUBINSPECTOR: En efecto... ¡Buena bromita! (*En ese momento, el severo funcionario se permite una sonrisa descaradamente malévol.*)

PABLO: Señor, con todos mis respetos, en realidad, a esas horas, estábamos solos en el parque, y no creo que nadie se haya podido molestar con nuestro comportamiento...

SUBINSPECTOR: ¿Y qué me dicen de los desperfectos en la fuente?

QUETY: ¿Desperfectos?... ¡Pero si no rompimos nada!

PABLO: ¡Le juro a usted por mi madre que fuimos muy cuidadosos!

SUBINSPECTOR: ¿Encaramarse a lo alto de uno de los monumentos artísticos más famosos de la ciudad, eso es propio de una persona cuidadosa?

PABLO: El dios Neptuno es sólido como una roca. ¡Haría falta un cañón para ocasionarle el mínimo rasguño!

SUBINSPECTOR: ¡Excusas vanas!... Aquí lo que cuenta son los hechos objetivos... Y a ustedes... ¡mis agentes les pillaron in fraganti!

QUETY: (*Con expresión dura y voz amenazante.*) Pues yo pienso denunciar a ese energúmeno que se lanzó sobre mí... ¡Le pondré una demanda por brutalidad policial! ¡Incluso por intento de abuso sexual!

SUBINSPECTOR: (*Hecho una furia.*) ¡Cállese usted, por Dios!... ¿Es que su desvergüenza no tiene límites?

QUETY: Recuerde que yo iba sólo con el sujetador... ¡Y ese bestia de policía, por lo que parece, no pudo controlarse!

PABLO: A mí me pilló todavía a hombros de Neptuno, y no pude intervenir... Pero tuve ganas de partirle la cara a ese maldito abusón.

QUETY: (*Contemplando a Pablo con una devoción sin límites.*) ¡Ay cariño, eres un héroe!

SUBINSPECTOR: Si de mí dependiera, señorita, usted y su héroe se

pasaban un mes en la cárcel, además de pagar una buena multa.

QUETY: Señor, yo creo que podríamos resolver este asunto de una manera amistosa... ¡Como en las películas americanas!

SUBINSPECTOR: ¡Vaya!... Usted se está pitorreando de mí..., ¿verdad?

QUETY: Por supuesto que no, señor. ¡Juro por Dios que no es esa mi intención!... Los dos admitimos nuestro mal comportamiento, prometemos solemnemente no volver a reincidir bañándonos vestidos o desnudos en ninguna fuente pública, y sólo pedimos con la mayor humildad una pequeña rebaja de la multa... A cambio, yo no denunciaré a su policía... ¿Qué le parece el trato?

SUBINSPECTOR: Usted, señorita, no puede denunciar a nadie porque no hay ninguna base para ello.

PABLO: Yo fui testigo del mal comportamiento de ese policía...

SUBINSPECTOR: Mi agente no hizo otra cosa que evitar que esta mujer escapara del lugar sin responder de su incívico comportamiento.

QUETY: *(Con gesto de fastidio y desconsuelo.)* Yo sólo quería coger mi blusa... ¡Se lo vuelvo a repetir!

SUBINSPECTOR: ¡Me parece una excusa muy tonta!

PABLO: En realidad, no hicimos daño a nadie, y nuestro supuesto delito no pasa de ser una simple chiquillada...

QUETY: De la cual pedimos perdón humildemente...

SUBINSPECTOR: *(Sin perder jamás su inflexible compostura.)* ¡Me parece muy bien tal arrepentimiento!... ¡Y si a eso le agregamos la multa adecuada como escarmiento, pues podemos dar por solucionado este caso en un instante!

QUETY: *(Resignada.)* Veamos, pues, a cuánto asciende esa multa adecuada... ¡Y los tres tan amigos!

SUBINSPECTOR: *(Torciendo el gesto de un modo muy desagradable.)* Por favor, señorita, a mí me gusta elegir muy bien mis amistades...

MOMENTO 5º.

Madrugada del sábado. Algunos minutos después de las tres.

Pablo y Quety caminan muy lentamente por la acera de una calle apenas iluminada por la luz de algunas farolas. Van cogidos de la mano y ríen de manera un tanto escandalosa.

QUETY: *(Imita en tono burlón al subinspector de la policía local.)* "Por favor, señorita, a mí me gusta elegir muy bien mis amistades..."

PABLO: Me barrunto que ninguno de los dos seríamos nunca personas de su agrado.

QUETY: Pues él tampoco me gusta a mí ni un pelo... ¡Jamás tendría yo un novio policía! ¡Acostumbrados a sospechar de todo el mundo, esa gente tiene que ser horriblemente celosa...!

PABLO: Lo más probable.

QUETY: ¡Menos mal que después de todo se ha dignado rebajarnos un poco la multa...!

PABLO: ¡Menudo alivio!... ¡Podían haber sido hasta 600 euros!

QUETY: De cualquier modo, 200 euros también me parecen demasiados... ¡Total, por una simple chiquillada!

PABLO: Tú no te preocupes; yo me hago cargo de la multa.

QUETY: ¡Oh, no! ¡De ninguna manera, Pablo!... Ambos cometimos la chiquillada; y los dos asumiremos las consecuencias.

PABLO: Por favor, Quety, escúchame bien: ¡yo pago esos 200 euros, e incluso una cantidad mayor, gustosísimamente!... ¡He disfrutado tanto esta noche con todas nuestras locuras!... ¡Casi no acabo de creerme aún la sensación de euforia que he vivido sobre los hombros del dios Neptuno! ¡Algo brutal e inenarrable!

QUETY: Sí, cariño; hemos pasado una noche estupenda...

PABLO: La mejor noche de mi vida.

Quety se para delante de un portal iluminado por dentro y señala con su mano hacia lo alto.

QUETY: Llegamos, cielo... He aquí mi lujosa mansión. Vivo exactamente en el piso octavo. *(Ella indica con su dedo un punto en las alturas.)* Ese es mi balcón. El apartamento es bastante frío en invierno y una sauna en verano. ¡Pero tiene unas vistas fabulosas... y además el alquiler no es muy

caro!

PABLO: Lo cual es una gran ventaja en estos tiempos que corren.

QUETY: ¡Oh, sí!... ¡Ya lo creo!

PABLO: Yo vivo con mi abuela en un piso que ha pertenecido a mi familia desde hace un montón de años.

QUETY: *(Demostrando una sorpresa mayúscula.)* ¿Con tu abuela...?

PABLO: Con mi abuela... ¡La pobre va a cumplir los noventa dentro de un mes!

QUETY: ¡Noventa años!... ¡Qué barbaridad!

PABLO: Mis padres murieron en un accidente de coche cuando yo era todavía un crío... ¡Y fue mi abuela, una gran mujer llena de energía y decisión, quien tuvo que ocuparse de mí y de mi hermana pequeña!... Mi hermana hace mucho que se fue a vivir con su novio.

QUETY: Una mujer admirable tu abuela.

PABLO: ¡Ya lo creo!... ¡Ella nos cuidó y sacó adelante, y le estoy profundamente agradecido!

QUETY: Normal... *(Tras un leve pausa.)* ¿Sabes, cariño? Me gustaría muchísimo invitarte a subir a mi casa. De verdad, me encantaría que pudiéramos pasar juntos toda la noche... Por desgracia, no puedo decirte que subas conmigo. ¡Demonios!... Comparto el piso con una chica rumana y otra brasileña. Dos muchachas encantadoras. Lo malo es que nosotras mismas, por precaución y para evitarnos problemas, nos impusimos una norma que siempre hemos respetado: inada de hombres en nuestra vivienda común!

PABLO: Unas chicas muy prudentes.

QUETY: ¡Lo siento mucho...!

PABLO: ¡Bah, no te preocupes...! Yo tampoco podría llevarte a mi casa. ¡Mi abuela es muy estricta para ciertas cosas!... ¡Además tiene un sueño ligerísimo! Me doy la vuelta en la cama y se despierta; y desde su cuarto la oigo que me pregunta: "¿Duermes, Pablo?"

QUETY: ¿Y tú qué le respondes?

PABLO: Le digo: "Sí, abuela"... ¡Y se queda tan tranquila!

QUETY: ¡Qué cosas!... Ya veo que no resulta fácil convivir con una persona tan mayor.

PABLO: ¡Tienen sus rarezas...! Y hay que aceptarlas y acostumbrarse a ellas.

QUETY: *(Suelta una repentina carcajada.)* ¿Te das cuenta de nuestra triste situación?... ¡Dios mío, ni siquiera tú y yo tenemos un puto auto! *(Vuelve a reírse, ahora con un poco de amargura.)* La próxima vez que nos veamos, si nos apetece follar como esta noche, no nos quedará otra solución que volver al parque...

PABLO: ¡Pues volveremos al parque...! ¡O mejor aún, nos iremos a uno de esos hoteles para parejas!

QUETY: *(Entusiasmada con la idea.)* ¡Ay, sí! ¡Qué bien...! ¡Me encantaría!

PABLO: También a mí me gustará hacerlo en una buena cama.

QUETY: ¡Y dormir juntos hasta la hora del desayuno!

PABLO: Sin tener que preocuparme de mi abuela... ¡Qué maravilla!

QUETY: ¿Tú roncas?

PABLO: *(Sorprendido por la pregunta.)* No lo sé... Creo que no.

QUETY: Odio que me ronquen en la oreja.

PABLO: ¡Tranquila!... Lo tendré en cuenta si en alguna ocasión dormimos juntos.

QUETY: En un perfecto caballero como tú no cabría imaginar otra cosa... ¡Eres un encanto!

PABLO: ¡Y tú una mujer adorable!

QUETY: ¿Te parecería quizá demasiado pronto volver a vernos mañana mismo cuando salga de trabajar?

PABLO: Yo iba a preguntarte lo mismo.

QUETY: Salgo de la tienda a las ocho y media... Podríamos quedar alrededor de las nueve en el mismo sitio de nuestro encuentro casual de

hace unas horas...

PABLO: Muy bien; me parece perfecto.

QUETY: Entonces, mañana nos vemos...

PABLO: Buenas noches.

QUETY: Buenas noches, cielo.

Permanecen unos instantes comiéndose con los ojos. Después, Pablo atrae hacia sí a Quety, y ambos se abrazan y se besan frenéticamente, como si el tiempo ya no existiera para ellos.

MOMENTO 6º.

Otro viernes por la tarde. 20:35, más o menos. Casi diez meses después.

Pablo espera en el mismo sitio que al principio de esta historia. Echa una mirada a su reloj. Pone cara de fastidio, pero en seguida se encoge de hombros. Le toca esperar como de costumbre. Así que paciencia. En esto aparece Quety por la izquierda.

QUETY: *(Con cara de enorme sorpresa.)* ¡Pablo...!

PABLO: *(También muy sorprendido.)* ¡Quety...!

QUETY: ¡Ay, Dios, qué alegría volver a verte!

PABLO: *(Con aire incrédulo.)* No puedo creérmelo... ¡Menuda sorpresa!

QUETY: ¿No te alegras de verme?

PABLO: ¡Claro que me alegra mucho verte de nuevo!

QUETY: ¡Cuánto tiempo ha pasado ya...!

PABLO: Pues sí; cerca de un año.

QUETY: ¡Uf, como vuelan los meses!

PABLO: Demasiado deprisa...

QUETY: ¡Te veo muy bien!

PABLO: Tú también estás muy guapa.

Ambos se miran como embobados, sin poder hablar durante casi un largo minuto.

PABLO: *(Rompiendo al fin el silencio.)* No sabes, Quety, cuántas veces me he preguntado si habrías podido perdonarme...

QUETY: *(Con gesto de extrañeza.)* ¿Perdonarte?... ¿El qué...?

PABLO: No haber acudido a nuestra cita aquella tarde... ¡Fue a causa de mi abuela!

QUETY: ¡Vaya!... ¿Qué le ocurrió a tu abuela?

PABLO: Falleció en el hospital esa misma tarde.

QUETY: *(Con expresión atónita.)* ¿Qué me dices...? ¡Oh, cariño, lo siento muchísimo!

PABLO: Sí, Quety... ¿Recuerdas nuestra noche loca? Pues a la mañana siguiente, mi pobre abuela sufrió una especie de ataque fulminante. Se la llevaron al hospital en una ambulancia, pero nada pudieron hacer por ella. ¡Murió a media tarde!... ¡Aún no se me han borrado de la memoria sus ojos sin luz y la frialdad de sus manos!

QUETY: *(Contemplando a su amigo con inmensa ternura.)* Debió de ser muy duro para ti...

PABLO: Lo cierto es que pasé unos días muy malos.

QUETY: Ya me lo imagino.

PABLO: Te hubiera llamado de haber sabido tu número de teléfono...

QUETY: *(Levanta la vista al cielo y hace un significativo gesto de desolación.)* ¡Dios mío, qué despiste más imperdonable...! ¡Ni tú ni yo, al despedirnos aquella noche, pensamos en intercambiarnos los teléfonos!

PABLO: ¡Un fallo terrible por nuestra parte!... ¡Y no sabes cuánto lo he lamentado!

QUETY: Yo también lamenté con rabia no poder comunicarme contigo... ¡Me hubiese dado de tortas por no pedirte el número de tu móvil!

PABLO: ¿Qué le vamos a hacer...? ¡En realidad, nadie tiene la culpa de que todo se torciera tanto!... Supongo que te enfurecerías bastante viendo que no me presentaba a nuestra cita... ¡Debiste de pensar lo peor de mí!

QUETY: No pensé nada, Pablo... ¡Yo tampoco acudí a esa cita!

PABLO: (*Perplejo ante lo que acaba de oír.*) ¡Madre mía!... ¿Tú tampoco...?

QUETY: ¿Sabes por qué...? Pillé media pulmonía con el baño nocturno en la fuente del parque... ¡Aquel sábado me levanté echa un desastre, y con más de treinta y ocho y medio de fiebre! Por supuesto, no pude ir a trabajar. Ni ese día, ni toda la semana posterior. Estuve en la cama casi todo el tiempo.

PABLO: ¡Me parece increíble tanta mala suerte...!

QUETY: Tienes razón... ¡La nuestra fue una cita bien gafada!

PABLO: Al menos, Quety, nuestro primer encuentro fortuito salió muy bien...

QUETY: Sí, sí... ¡Por supuesto!... Fue una noche perfecta. (*Se ríe un momento.*) A pesar de la multa que nos pusieron por gamberrismo en el parque... ¡Te debo aún la mitad de los doscientos euros...!

PABLO: (*Niega con la cabeza.*) Olvídalo.

QUETY: Pero eso no es justo... ¡Yo quiero darte mi mitad!

PABLO: Te digo que lo olvides... Pagué gustoso la estúpida multa.

QUETY: Bueno, entonces no te insistiré... (*Tras una pequeña pausa.*) ¿Estás esperando a alguien?... ¡Vaya pregunta tonta!... ¿Qué ibas a hacer si no aquí parado?... En este sitio, si ves a cualquiera inmóvil como los maceteros, ya sabes que está de espera.

PABLO: (*Bufando.*) ¡Una espera que dura ya más de veinte minutos!

QUETY: ¡Pobre!... Una cita con alguna mujer estupenda, ¿me equivoco?

PABLO: ¡Más o menos estupenda!... ¡Y bastante tardona!

QUETY: (*Riéndose guasona.*) No hay nadie perfecto; todos tenemos algún que otro defectillo...

PABLO: Muy lamentablemente.

QUETY: Yo también he quedado con mi novio... ¡Y ya llego tarde!
(*Resoplando.*) ¡Menudo broncazo me voy a llevar!

PABLO: ¿Tienes novio?

QUETY: Sí; salgo con un mozo desde hace casi cuatro meses... (*Se para un segundo, y prosigue con una cierta alegría melancólica.*) ¡Pillé al primero que se decidió a acudir a una segunda cita conmigo, y ya no lo solté!

PABLO: El más listo de todos...

QUETY: No es mala persona; y me asegura que está loco por mí. ¡Y yo también le quiero bastante!... (*Titubeando un poco.*) Su defecto es que tiene un pelín de mal genio... ¡Digamos que posee un carácter fuerte!

PABLO: No hay nadie perfecto... ¡Como tú misma has dicho!

QUETY: Nadie... (*Una pausa.*) Y tú... ¿también te has echado novia?

PABLO: Más o menos.

QUETY: ¿Más o menos?... ¿Eso qué quiere decir?

PABLO: Que sí, que tengo novia formal... ¡Pero, la verdad, no acabo de convencerme todavía de ello! ¡Tengo serias dudas! ¿Recuerdas esa vieja amiga mía que en todas nuestras citas siempre me daba plantón...?

QUETY: Sí; me acuerdo muy bien de ella... ¡Su feliz ausencia aquella tarde de nuestro encuentro me dio la ocasión de conocerte! ¡En el fondo, le debo una...!

PABLO: Me llamó al enterarse del fallecimiento de mi abuela. Me dio sus condolencias y aseguró que se moría de ganas de tomar un café conmigo y charlar un rato. Me pidió quedar aquella misma tarde.

QUETY: ¿Y tú la volviste a creer?

PABLO: Esta vez solamente sentí la irrefrenable, la morbosa curiosidad de comprobar si al fin acudiría a alguna de nuestras citas...

QUETY: ¿Y acudió...?

PABLO: Con media hora de retraso... ¡Pero sí, acudió!

QUETY: Sospecho que caerías rendido de amor a sus pies...

PABLO: Eso ocurrió unas semanas más tarde. Cuando me invitó a su casa y pasamos la noche juntos.

QUETY: Y os hicisteis novios, ¿no?

PABLO: *(Pensándolo unos segundos y encogiéndose de hombros.)* ¡Si quieres utilizar esa palabra...! *(Calla un momento.)* Lo cierto es que desde entonces mantenemos una relación bastante estable. Pero no estoy muy convencido de que lo nuestro vaya a durar demasiado.

QUETY: *(Mirando su reloj y poniendo cara de susto.)* ¡Oh, demonios...! ¡Se me está haciendo tardísimo!... ¡Vaya bronca que voy a tener!

PABLO: *(Como quien tiene una súbita inspiración.)* ¿Me das tu teléfono antes de que vuelvas a desaparecer?... Así hablaríamos de vez en cuando, y nos podríamos contar penas y alegrías, y tenernos al tanto de las vueltas y revueltas que dan nuestras respectivas existencias...

QUETY: *(Toda entusiasmada con la proposición de Pablo.)* ¡Me parece una idea genial apuntarnos los números de teléfono!.. ¡Yo también lo estaba pensando!

PABLO: *(Entregándole a Quety una tarjeta.)* ¡No la pierdas!... ¡Ahí está mi dirección y mi número de teléfono!

QUETY: Descuida. *(Luego, sonriéndole con visible emoción.)* La guardaré muy bien en mi bolso y me la aprenderé de memoria... *(Se interrumpe un momento, pero en seguida prosigue.)* Anota mi teléfono en la agenda de tu móvil. *(Espera a que Pablo saque del bolsillo el pequeño aparato.)* Es el número 624654002.

PABLO: *(Guarda el número en su móvil. Y asiente muy satisfecho.)* Te llamaré uno de estos días...

QUETY: ¡Y si no lo haces, seré yo la que lo hará para echarte un buen rapapolvo!

Ambos se miran intensamente, riendo al unísono. Se dan un rápido beso en los labios. Y después Quety se aleja apresurada, sin parar de agitar su mano...

FIN